

EL NAVEGANTE

JESÚS ORTIZ DÍAZ

[“En la lengua las palabras naufragan, encallan, se hunden...la lengua, ese pequeño abismo que se traga las expediciones de una Isabel que no se cansa de enviar a su Colón, una y otra vez, a explorar y poblar la otra insularidad”.]

Si tú naciste en el Caribe, yo nací rodeado por las arenas del desierto más absoluto entre la sequedad y la desolación de un clima que obliga a cubrirlo todo, a protegerlo, a reservarlo. En cambio, todo en ti se da hacia fuera: tu risa, tu seducción, tus maneras cálidas lo acercan todo y todo lo ponen de rodillas. Como la del mar en la costa, la huella de tu presencia es indeleble: la modelan poco a poco esa voluntad de las olas de entregarse a la tierra y la exacta dosificación lunar de tus visitas húmedas que convierten los accidentes más agrestes en playas suaves.

Mareas de revolución y huracanes de sueños enmarcaron tu génesis. A mi nacimiento lo rodeó la certeza de una estela de insomnio y la suprema pesadilla en que los ideales habían sido encadenados. Aquel barco-isla naufragó ante nuestros ojos. Se hundió con todas las ilusiones. Tú, como Dédalo, volaste de ese laberinto y cambiaste las aguas marinas por los arenales, los arrecifes por las dunas, una calidez de cuerpo por el calor de la soledad. Te convertiste en navegante. Y, ahora, los puertos son tan pocos...

Tienes vocación de barco, de esquife, de balsa. Los mares, todos, te son propicios. Construyo estas olas de palabras para acercarte a mí, náufrago de todas las islas, peregrino...huésped de este presidio

en el desierto. Cada palabra una ola. Se acerca con un deseo ferviente, se aleja con un temor mareado. Y en soledad se libran silencios de tempestades...

Trayecto tranquilo a Ítaca. Ítaca es este mar. Soy yo. El único que puedo ser. No te ofreceré tesoros espléndidos. Sólo su presencia, su apego, su fidelidad. Te bañarás en él, en mí, y la comunión será la suspensión de tu cuerpo, conocedor de la tierra, en estas aguas ávidas de contornos definidos, de texturas acariciadas por el sol. Tú, cuerpo de navegante...yo, mar de palabras, de posibilidades: amplitud, desahogo... ensenada donde puedas descansar.

Infundiré liquidez a mis velos de arena. Mojaré de cadencia mi pesadez obstinada. En mis surcos yertos plantaré semillas de agua. Y crecerán las corrientes inundando mis cavidades. Se dilatarán estos horizontes empapados de inmensidades. Y todo proclamará mi vocación de humedad.

Deshazte de las anclas. Conquista la bravura de esas olas con el arte avasallante de tus manos. Desliza tu barco sobre esa superficie proclive a tu bogar. Acaricia con tus velas el hálito que la anima. Sumérgete en sus tempestades. Envuélvete en ellas. Piérdete. Naufrágate en mí.

[“Pasa de largo y tapa tus orejas con cera blanda, previamente adelgazada, a fin de que no las oigas; mas si tú desearas oírlas, haz que te aten en la velera embarcación de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil y que las sogas se liguen al mismo; y así podrás deleitarte escuchando a las sirenas”.]